

A Través del Desierto



Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2017
Título original: *Durch die Wüste*, 1881

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodocordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46-3º B
28016 Madrid

Traducción: © José Fernández Bueno, 2016

Ilustración de cubiertas: *Peregrinos hacia la Meca* (1861), de León Belly

IBIC: FJ
ISBN: 978-84-16968-11-4
Depósito legal: M-15051-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Medianil Gráfico
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A Través del Desierto



Karl May

Traducción de José Fernández Bueno



Índice



<i>Introducción.— Un alemán en Oriente</i>	9
Capítulo primero.— Cabalgando hacia la muerte	23
Capítulo segundo.— Ante el tribunal	71
Capítulo tercero.— En el harén	101
Capítulo cuarto.— El rapto	143
Capítulo quinto.— Abu-Seif	177
Capítulo sexto.— En libertad	217
Capítulo séptimo.— En La Meca	277
Capítulo octavo.— En el Tigris	315
Capítulo noveno.— Explorando el terreno	367
Capítulo décimo.— Victoria	419
Capítulo undécimo.— Los adoradores del diablo	485
Capítulo duodécimo.— La gran fiesta	571



Mendigo árabe velando un cadáver, de Mariano Fortuny.

Introducción
Un alemán en Oriente

HACE FALTA SER ALEMÁN para comprender la importancia de Karl May (Ernstthal, 1842 - Dresde, 1912), pero si solo se trata de pasárselo bien leyendo sus novelas de aventuras se puede nacer en cualquier parte.

Perseguido durante toda su vida por el escándalo y el misterio, algo que no desanimó a su nutrido número de seguidores, después de la Segunda Guerra Mundial dejó de leerse en su país, bajo la acusación de ser uno de los autores preferidos de Hitler, hecho del que Karl May no tenía la culpa. Sí parece mayor su responsabilidad en la serie de hurtos y pequeños robos que cometió a partir de 1861, poco después de haber logrado el título de maestro de escuela. Fue a parar a la cárcel y, desde la sobriedad de su celda, descubrió la redención mediante la escritura.

Y así, este hijo de un humilde tejedor padre de quince vástagos —Karl ocupaba la quinta posición—, desde 1875 no dejó de escribir para diarios y revistas en los que iría crean-

do la base de su universo exótico acentuado por una enorme imaginación para narrar cientos de aventuras entre los pieles rojas, en Oriente y en casi todos los rincones exóticos del mundo —hay incluso una serie ambientada entre Argentina y el Chaco boliviano— que le auparon hasta la posición social de respetable y acomodado ciudadano.



Cubierta de Sascha Schenider para la saga de novelas sobre Winnetou, el jefe de los apaches.

Tardaría muchos años en conocer los territorios de su ficción. Tenía ya 57 cuando emprendió su primer gran viaje, que comenzaría en Italia y le llevaría hasta Jerusalén atravesando Egipto, Líbano y el actual Estado de Israel. Posteriormente, cuatro años antes de morir, cruzó el océano para conocer Estados Unidos y acercarse a los indios con los que tantas páginas había llenado. Pero el Winnetou de papel poco tenía que ver con los pieles rojas de verdad y May no tardó en desistir de su acercamiento a los apaches y otras tribus de nativos norteamericanos, que le resultaban extrañas y ajenas a su idea preconcebida.

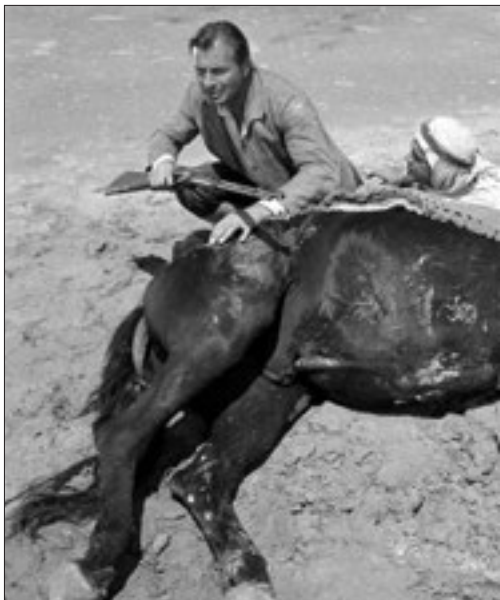
Por entonces, su obra y su fama ya estaban logradas. Con cubiertas del pintor e ilustrador de origen ruso Sascha Schneider, famoso por su participación en publicaciones alemanas dirigidas al colectivo homosexual, las novelas de Karl May ya eran



Ilustración para una de las ediciones alemanas de las aventuras de Kara Ben Nemsí.

el rotundo éxito que todavía mantienen hoy en día en gran parte del mundo, además de Alemania. Más de 400.000 personas peregrinan cada año a Elspe, en la región de Sauerland, a unos cien kilómetros al este de Colonia, para asistir al festival en el que Winnetou, el jefe de los apaches mescaleros, cabalga de nuevo junto a su amigo Old Shatterhand. Curiosamente, el nombre de Shatterhand oculta en las novelas la identidad de un joven aventurero alemán que responde por Karl.

También es Karl el nombre de Kara Ben Nemsí (Karl, hijo de alemanes), protagonista de varias sagas, que cruza Oriente acompañado de su inseparable Halef Omar. Ambos personajes, Old Shatterhand y Kara Ben Nemsí, serían interpretados en los años 60 por el mismo actor, el norteamericano Lex Barker, famoso internacionalmente por haber relevado a



Lex Barker interpretó a Kara Ben Nemsi en las producciones alemanas sobre las novelas de

Johnny Weissmuller en el papel de Tarzán durante la década de 1950. Barker había viajado a Europa para trabajar en *La dolce vita*, de Federico Fellini, lo que desautoriza a todos aquellos que lo han encasillado con un taparrabos.

La primera película de producción alemana inspirada en las series de Karl May fue *El tesoro del lago de la Plata* y se estrenó en 1962, el mismo año en que Barker conocería a su cuarta mujer, la española Carmen *Tita* Cervera, con quien se casó en 1965. Hasta la muerte prematura del actor en 1973, a consecuencia de un infarto de miocardio en Nueva York —solo tenía 54 años—, no cesó de rodar películas interpretando a Shatterhand y a Ben Nemsi, la mayoría de ellas filmadas en Croacia.



Karl May. A la derecha, junto a Cheeta, en el papel de Tarzán para la americana RKO.

El cine multiplicó la fama de Karl May. En 1969 se fundó en Hamburgo una sociedad para velar por la difusión de la obra del novelista alemán, tarea que comparte con dos museos, uno en Radebeul, cerca de Dresde, en la última casa de May denominada «Villa Shatterhand», y otro en su ciudad natal, Hohenstein-Ernstthal, en Alemania central.

En España las novelas de Karl May comenzaron a ser publicadas por Gustavo Gili en 1927. La editorial Leo se encargó casi al mismo tiempo de recopilar en tomos de cuatro títulos encuadrados en tapa dura la saga del Oeste —«Entre los pieles rojas», que ocupó cuatro volúmenes— y la de Oriente —«Por tierras del profeta», que ocupó seis—. A partir de

1930 adquirió los derechos la editorial Molino, que no cesó su actividad siquiera durante la guerra civil. Una parte de la familia Molino siguió editando nuevos títulos de Karl May desde su exilio en Argentina.



Fotocromo de una película de la saga oriental de Karl May protagonizada por Lex Barker.

Entre las décadas de 1940 a 1950 las ediciones españolas se centraron especialmente en los volúmenes protagonizados por Old Shatterhand y su amigo apache Winnetou, relegando las aventuras orientales de Kara Ben Nemsi, una tendencia que se ha mantenido hasta hoy. El Círculo de Lectores lanzó las doce nove-

las de «Entre los pieles rojas», ilustradas por Ballestar, primero en tres tomos publicados en 1972, que volvió a reeditar en seis tomos una década después.

La editorial Bruguera también recogió durante los años 70 algunas obras de Karl May en su colección Historias, donde se alternaban páginas de texto y de cómic. Y recientemente, Abelardo Linares ha emprendido el rescate de la serie Winnetou en volúmenes que recogen cada uno dos aventuras Old Shatterhand y su amigo el jefe de los apaches. No es el único, José Ángel Zapatero emprende en la editorial Menoscuarto la edición de «En el reino de los leones de plata», serie que sirve de puente entre las novelas ambientadas en el Oeste americano y las que se desarrollan en Oriente. Y Eduardo Riestra rescata en Ediciones del Viento las aventuras «Por el río de la Plata», donde el escenario escogido por Karl May son



Karl May ataviado como Kara Ben Nemsî, protagonista de sus novelas sobre Oriente.

las pampas sudamericanas de Argentina y Bolivia, en las que los gauchos hacen alarde de su habilidad con las boleadoras y los bandidos espolean a los caballos por las inmensas llanuras dominadas por los hierbateros.



Cubierta de la primera edición alemana.

La deuda con las aventuras de Kara Ben Nemsi «Por tierras del profeta» la asume ahora REINO DE CORDELIA. Este volumen, *A través del desierto*, traducido por José Fernández Bueno, sigue fielmente la edición original de *Durch Wüste und Harem* (1881), a la que en 1885 el propio May acortó el título por el definitivo *Durch die Wüste*. En España esta novela, que abrió la serie «Por tierras del profeta», fue troceada en cuatro títulos: *El rastro perdido*, *Los piratas del Mar Rojo*, *Los ladrones del desierto* y *Los adoradores del diablo*. A cada volumen le añadieron capítulos

arbitrariamente, hasta saltar de los doce de la versión original alemana a cuarenta y dos en la española. José Fernández Bueno ha decidido ser fiel a la voluntad del autor, respetando la docena de la *princeps* e intentado fijar el texto para que el lector pueda reconocer en un mapa actual los escenarios de Karl May. Desde la muerte del gran autor alemán, el mundo musulmán tal vez haya cambiado menos que el de los pieles rojas, pese a que la Segunda Guerra Mundial modificó las fronteras de Oriente Próximo de un modo radical y durante los últimos años el integrismo musulmán ha convertido a algunos árabes en enemigos de Occidente.

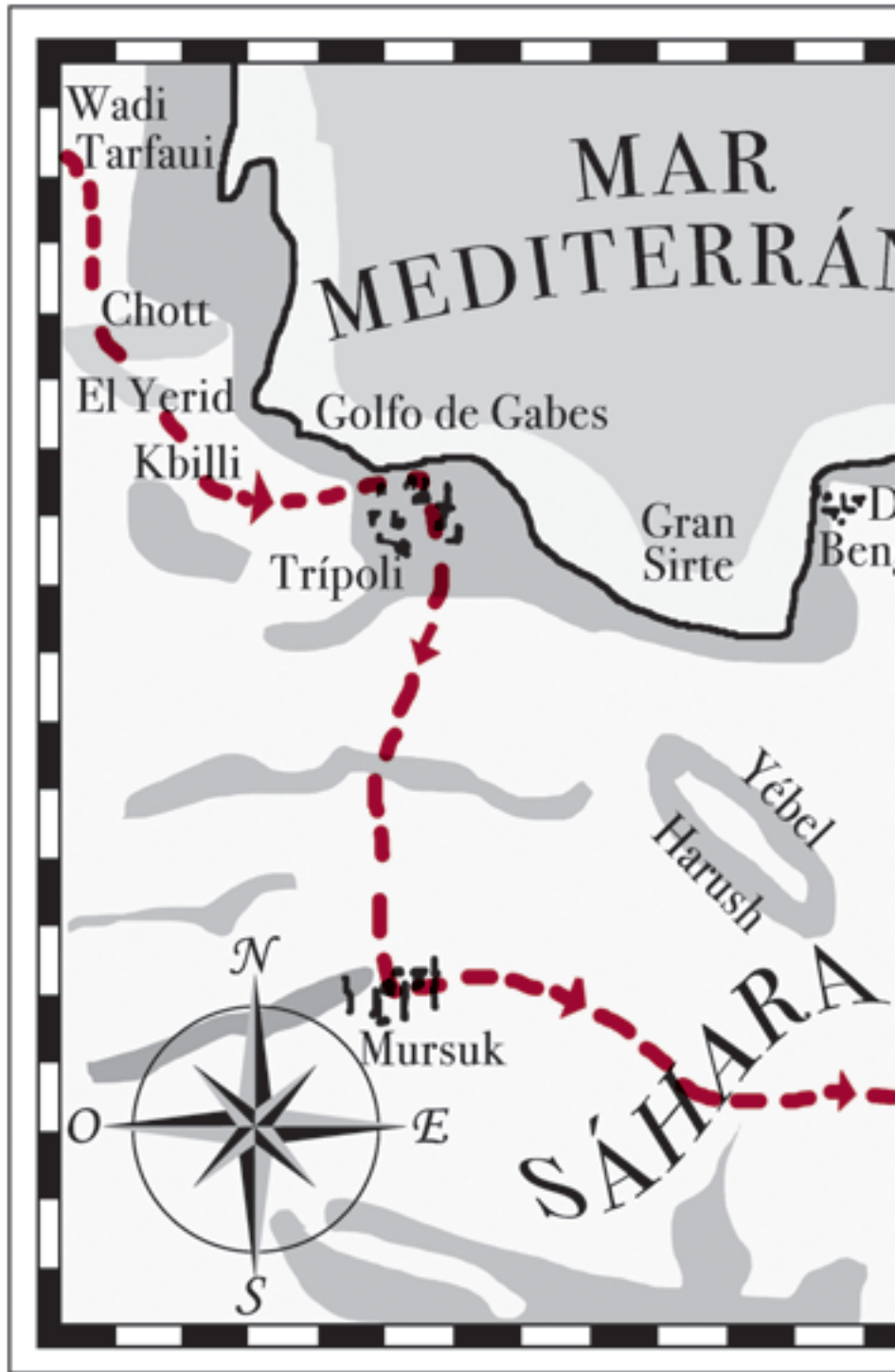


En cualquier caso, seguir los pasos de Karl, hijo de alemanes, por los dominios de Alá, rastrear las huellas de su caballo o su camello a través del desierto, sigue resultando apasionante. La continuidad de esta iniciativa dependerá del interés de los lectores.

ELEEDITOR

A través del desierto





NEO

UN VIAJE CON
Karl May
A través del desierto



erna
gasi

Bomba

Alejandría

El Cairo

EGIPTO

Guiza

Río Nilo

Asiut

Asuán

Oasis
de Kufra

Capítulo primero

Cabalgando hacia la muerte

—Y ¿ES CIERTO, *sidi*¹, que deseas seguir siendo un *yaur*², un infiel más despreciable que un perro y más repugnante que las ratas que únicamente comen basura?

—Sí —respondí.

—Efendi, yo odio a los infieles y me complace que al morir vayan al *Gehena*, donde habita el diablo; pero a ti deseo salvarte de la condenación eterna, que te alcanzará si no reconoces el *Iqrar bil lisan*³, como Santo Testimonio. Tú eres muy bueno, muy diferente a los otros *sidis* a quienes he servido, y por eso te convertiré, quieras o no.

De ese modo hablaba Halef, mi criado y guía, con quien había rodeado las gargantas y despeñaderos del Yébel Aures

¹ Señor, del árabe clásico *sayyid*. (Todas las notas son del traductor).

² Infiel, en árabe.

³ Testimonio verbal. Según el Corán, mediante este testimonio y otro llamado la certeza del corazón, todo musulmán sabe que su origen es Alá.

para descender después hacia Dar el Hana, e ir por el Yébel Tarfaui a Seddada, Kris y Dgache, desde donde un camino que atraviesa el sobrecogedor Chott el Yerid⁴ conduce a Fetnassa y Kbilli.

Halef era un tipo muy peculiar: tan bajo de estatura que apenas me llegaba a los hombros, y tan delgado y enjuto que parecía como si durante una década hubiese permanecido prensado entre las hojas de papel secante de un herbario. Su rostro se ocultaba por completo bajo un turbante de casi un metro de diámetro, y su chilaba, antaño blanca, brillaba ahora reflejando todas las tonalidades posibles de grasa y suciedad, y a todas luces evidenciaba que había sido cortada para una persona mucho más corpulenta, por lo que, cuando Halef montaba a caballo y comenzaba a cabalgar, debía recogerse la igual que las Amazonas hacen con la falda. Mas a pesar de su desarrapada presencia, me infundía un gran respeto. Poseía una perspicacia nada común y un enorme valor y destreza que, añadidos a su gran resistencia, le permitían superar dificultades extremas. Como además hablaba todos los dialectos conocidos entre el territorio de los Uelad Bu Seba y las fuentes del Nilo, el lector podrá imaginarse fácilmente mi satisfacción por su compañía, pues lo consideraba un amigo más que un criado.

Poseía, sin embargo, una peculiaridad que a veces llegaba a serme molesta. Era un musulmán fanático que, por amistad hacía mí, se había propuesto convertirme al islam. Tuve que contener la risa al recordar las bobadas con que recientemente había acompañado otra de sus infructuosas tentativas.

⁴ Inmenso lago salado de Túnez.

Montaba yo un potro berberisco semisalvaje, tan pequeño que casi rozaba el suelo con mis pies. Halef, en cambio, había elegido para sostener su cuerpecillo una yegua flaca y vieja, pero altísima, de raza Hassi-Ferschan. Y así destacaba el hombre, tan por encima de mi altura que podía mirarme desde arriba. Mientras hablaba se mostraba extremadamente inquieto, agitaba las piernas —pues no usaba estribos—, meneaba los bracitos delgados y morenos e intentaba dar expresividad a su discurso por medio de unos gestos tan vivos que a mí me costaba gran trabajo mantener la seriedad. Como no contesté a sus últimas palabras, prosiguió:

—¿Sabes, *sidi*, adónde van los *yaur* después de muertos?

—¿Adónde? —le pregunté.

—Al morir, todos los hombres, sean musulmanes, cristianos, judíos o cualquiera otra cosa, van al *Barzaj*⁵.

—¿Eso es el estado entre la muerte y la resurrección?

—Sí, *sidi*. De él seremos despertados todos por el clamor de las trompetas del Juicio, pues habrán llegado el *Yaum el akbar*, el principio, y el *Ajirah*, el final; y entonces todo quedará en ruinas, excepto el *Kuhrs*, el trono de Dios, el *Ruh* o Espíritu Santo, el *Lauhel mafus* y el *Kalam*, esto es, la tabla y la pluma de la divina predestinación.

—¿No quedará nada más?

—¡No!

—¿Y el paraíso y el infierno?

—*Sidi*, eres discreto y sabio; adviertes hasta lo que yo olvido, y por eso es aún más triste que quieras seguir siendo

⁵ Según el Corán, es el estado intermedio en el que el alma del difunto permanece en una especie de sueño entre el día de su muerte y el del Juicio Final.

un condenado *yaur*. Pero juro por mis barbas que te he de convertir, quieras o no.

Al decir estas palabras frunció la frente en seis amenazadores pliegues, tiró de las siete hebras de su barbilla y se atusó los ocho hilos de araña que tenía a la derecha de la nariz y los nueve de la izquierda, para abreviar, lo que se llama el bigote; balanceó las piernecillas y con la mano libre tiró vigorosamente de las crines a su yegua, como si fuera el mismísimo demonio del que yo me debería proteger. El animal, arrancado tan brutalmente de sus meditaciones, trató de encabritarse, pero acordándose al momento de su respetable edad volvió a encerrarse en su soberbia indiferencia, y Halef prosiguió con su cantinela:

—Sí, *Yennet*, el paraíso, y *Gehena*, el infierno, tienen que existir también, pues si no, ¿adónde irían los bienaventurados y adónde los condenados? Pero antes los resucitados tienen que atravesar el puente *Sireth*, que se extiende sobre el lago *Handh*, tan estrecho y cortante como el filo de una espada.

—Te has olvidado de otra cosa —observé.

—¿Cuál?

—La venida del *Dayyal*.

—Es verdad. *Sidi*, tú conoces el Corán y todos los libros santos, y sin embargo no quieres convertirte a la verdadera fe. Pero no tengas cuidado, que yo haré de ti un buen musulmán. Así, pues, antes del Juicio vendrá el *Dayyal* a quien los *yaur* llamáis el Anticristo, ¿no es verdad, efendi?

—Sí.

—Después se abrirá el *Kitab*, dónde están anotadas todas las obras buenas y malas de cada uno, para proceder al *Hisab*;

a la revisión de las acciones humanas, que durará cincuenta mil años; tiempo que para los buenos pasará como un instante, mas a los malos les parecerá una eternidad. A eso se llama el *Hukm*, que es el acto de pesar en la balanza todas las obras humanas.

—¿Y después?

—Después viene la sentencia. Aquellos cuyas buenas obras prevalezcan sobre las malas irán al paraíso; los infieles pecadores irán al infierno, mientras que los musulmanes, aun siendo pecadores, solo serán castigados por poco tiempo. Ya ves, *sidi*, lo que te aguarda, aun en el caso de que hagas más obras buenas que malas. Pero tú tienes que salvarte; tienes que ir conmigo al *Yennet*, al paraíso, pues he de convertirte, quieras o no. —Con aquella aseveración volvió a patalear de tal manera que la vieja yegua Hasi-Ferschan, en el colmo del asombro, aguzó las orejas y con sus grandes ojos procuró mirarle de soslayo.

—¿Y qué es lo que me aguarda en vuestro infierno? —le pregunté.

—En el *Gehena* arde el *Nar*, el fuego eterno; por allí discurren unos arroyos de tal hedor que los condenados, a pesar de la sed que los devora, no pueden beber en ellos. Y además hay unos árboles horribles, entre los que se encuentra el espantoso *Zakum*, de cuyas ramas brotan cabezas de demonios.

—¡Brrrr!

—¡Sí, *sidi*, es horrible! El amo del *Gehena* es *Thabek*, el ángel del castigo. Consta de siete departamentos a los que se accede por siete puertas. En el primero, llamado *Gehenen*, los musulmanes son torturados hasta que purgan totalmente sus pecados; *Lahda*, la segunda sección, es para los cristianos;

Hotama, la tercera, es para los judíos; *Sair*, la cuarta, para los sabeos; *Sakar*, la quinta, es para los magos y adoradores del fuego, y *Gehim*, la sexta, para los que adoran ídolos o fetiches. Sin embargo, la séptima sección, *Zaoviat*, también llamada *Derk Asfal*, es la más profunda y horrible. Allí van a parar los hipócritas. En todos esos lugares, los condenados serán arrastrados a los torrentes de fuego por malos espíritus, que además les darán a comer cabezas de demonios del árbol *Zakum*, que muerden y desgarran las tripas. ¡Oh, efendi, conviértete al Profeta para que solo tengas que pasar por el *Gehe-na* corto tiempo!

Negué con la cabeza y le dije:

—Para eso me voy a nuestro infierno, que es tan horroroso como el vuestro.

—No lo creas, *sidi*. Yo te prometo por los profetas y por todos los califas, que irás al paraíso. ¿Necesito describírtelo?

—Describelo.

—El *Yennet* está sobre los siete cielos, y tiene ocho puertas. Primeramente viene la gran fuente *Hawus Kewser*, de la cual pueden beber a la vez cien mil bienaventurados. Su agua es tan blanca como la leche, su aroma más grato que el del almizcle y la mirra, y en sus orillas hay millones de copas de oro embellecidas con diamantes y piedras preciosas. Luego llegas al lugar donde los bienaventurados descansan en almohadas bordadas con hilo de oro. Efebos inmortales y huríes eternamente jóvenes les sirven deliciosos manjares y bebidas. Sus oídos se deleitan sin cesar con el canto del ángel Israfil y la armonía de los árboles, de los que cuelgan campanillas que hacen mover un viento enviado por el trono de Dios. Cada bienaventurado mide sesenta varas de altura y

vive siempre con la edad de treinta años. De entre todos los árboles sobresale el *Tubah*, el árbol de la felicidad, cuyo tronco se encuentra en el palacio del gran Profeta, y sus ramas llegan hasta los aposentos de los bienaventurados. De ellas cuelga todo lo que es necesario para que su dicha sea completa. De las raíces del árbol *Tubah* nacen todos los ríos del paraíso, por los que fluyen leche, vino, café y miel.

A pesar de la sensualidad de esta representación, debo señalar que Mahoma se inspiró en esta concepción cristiana adaptándola para sus hordas nómadas. Halef me miró esta vez con una cara que evidenciaba su esperanza de haberme convencido con su descripción del paraíso.

—¿Qué me dices a eso? —me preguntó al ver que me callaba.

—Voy a decirte, con toda franqueza, que no me apetece eso de medir sesenta varas de estatura; tampoco quiero saber nada de las huríes, pues soy enemigo de todas las mujeres y doncellas.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Porque el Profeta dice: «La voz de la mujer es como el canto del *bülbül*⁶, pero su lengua está llena de veneno como la lengua de la víbora».

—¿Lo has leído?

—Lo he leído.

Agachó la cabeza. Le había golpeado con las palabras de su profeta. Entonces me preguntó, ya con menos seguridad:

—¿Aun así no te parece hermoso nuestro paraíso? Ni siquiera hace falta que mires a ninguna hurí.

⁶ Ruiseñor, en turco.

—Permanezco cristiano.

—Pero no resulta muy difícil decir: *¡La Ila ila Alá, we Muhamed Resul Alá!*

—¿Es quizá más difícil rezar: *Ja abana 'lledsi, fi 's -sema-vati, jata- haddeso 'smoka?*

Me dirigió una mirada de odio.

—Sé bien que a ese Isa Ben Marryam, a quien llamáis Jesús, os ha enseñado esa oración llamada el Padrenuestro. Siempre intentas convertirme a tu fe, pero no pienses en ello, pues harías de mí un renegado del *Tauhid*, la fe en Alá.

Yo había intentado muchas veces contrarrestar sus tentativas de conversión con las mías. Lo cierto es que estaba absolutamente convencido de lo infructuoso que resultaba todo aquello, pero aquel era el único medio de hacerle callar. Esta práctica demostró ser de nuevo eficaz.

—¡Déjame en paz con mi fe y yo te dejaré en paz con la tuya!

Gruñó en voz baja ante mis palabras y después murmuró:

—Pese a todo, te convertiré, quieras o no. Una vez que me propongo algo, lo llevo a cabo, pues soy un *hadschi*⁷. Halef Omar Ben Hadschi Abul Abbas Ibn Hadschi Dawud al Gossarah.

—¿Así que tú eres el hijo de Abul Abbas, el hijo de Dawud al Gossarah?

—Sí.

—¿Y los dos eran peregrinos?

—Sí.

—¿Y tú también eres un *hadschi*?

—Sí.

⁷ Peregrino a La Meca.

—¿Quieres decir que los tres habéis estado en La Meca y visto la sagrada Kaaba?

—Dawud al Gossarah, no.

—¡Ah! y sin embargo le llamas *hadschi*.

—Sí, porque lo fue. Vivía en el Yébel Chur-Chum y ya de mozalbete hizo la peregrinación. Afortunadamente logró atravesar El Yuf, al que llaman el vientre del desierto, pero entonces enfermó y tuvo que permanecer en el manantial de Trasah. Allí se casó y murió después de haber conocido a su hijo Abul Abbas. ¿No puede llamársele con todo derecho *hadschi*, peregrino?

—¡Hum! ¿Pero estuvo Abul Abbas en La Meca?

—No.

—¿Y, sin embargo, era un *hadschi*?

—Sí. Comenzó la peregrinación y llegó hasta la llanura de Admar, donde tuvo que quedarse.

—¿Por qué?

—Allí conoció a Amareh, la Perla del Yunet, y se enamoró de ella. Amareh fue su esposa y de ella nació Halef Omar, al que aquí ves junto a ti. Después murió. ¿Acaso no era un *hadschi*?

—¿Pero y tú? ¿Has estado alguna vez en La Meca?

—No.

—¡Y sin embargo, te llamas peregrino!

—Sí. Cuando murió mi madre partí en peregrinación. Emprendía el camino al salir el sol y a la caída de la tarde; caminaba al mediodía y a la media noche; conocí todos los oasis del desierto y todas las partes de Egipto. Aún no he estado en La Meca, pero llegaré alguna vez. ¿Entonces no soy yo un *hadschi*?

—Yo creía que solo se le pude llamar *hadschi* a quien ha estado en La Meca.

—Propiamente, sí. Pero yo ya estoy en camino hacia allí.

—Es posible. Claro que también es posible que por el camino encuentres a alguna hermosa doncella y te quedes con ella, y que lo mismo les pase a tus hijos, ya que ese parece ser vuestro *kismet*⁸, y dentro de unos cien años tu tataranieto dirá: «Yo soy Hadschi Mustafa Ben Hadschi Ali Assabeth Ibn Hadschi Said al Hamza Ben Hadschi Schehab Tofail Ibn Haschi Halef Omar Ben Haschi Abul Abbas Ibn Hadschi Dawud al Gossarah», y ninguno de esos siete peregrinos habrá visto La Meca ni será un auténtico *hadschi*. ¿No te parece?

A pesar de su seriedad, no pudo por menos que reír ante aquella inocente ironía. Hay muchos, muchísimos mahometanos que, especialmente ante los extranjeros, se comportan como *hadschi* sin haber visto la Kaaba, sin haber peregrinado entre Safa y Merweh y sin haberse rasurado ni afeitado en Minah. Mi buen Halef se sintió derrotado, pero lo aceptó sin poner mala cara.

—*Sidi* —me dijo con timidez—, ¿vas a ir contando que nunca he estado en La Meca?

—Solo lo contaré si empiezas a intentar otra vez convertirme al islam; si no permaneceré callado. Pero fíjate en esas huellas en la arena.

Hacía rato que habíamos entrado en el Wadi⁹ Tarfauí y ahora nos encontrábamos en un desfiladero en el que el viento del desierto había arrastrado la arena de las rocas de las cimas. En la arena se podía reconocer claramente un rastro.

⁸ Destino.

⁹ Barranco o cauce seco de torrente que se forma en las regiones desérticas.

—Por aquí han pasado jinetes —dijo Halef con indiferencia.

—Desmontemos para estudiar las huellas.

Me dirigió una mirada de interrogación.

—*Sidi*, ¿para qué? Basta con saber que por aquí ha pasado alguien. ¿Por qué quieres examinar las huellas que han dejado las herraduras?

—Siempre es bueno conocer a quién tenemos por delante.

—Si te dedicas a estudiar todas las huellas que encuentres, no llegaremos a Seddada ni en dos lunas. ¿Qué importancia tiene para ti la gente que va por delante de nosotros?

—He viajado por tierras lejanas de espesas selvas en las que la vida a menudo depende del estudio meticuloso que se haga de todos los *darb* y *ethar*, las pistas y huellas, para saber si vas a encontrar a un amigo o a un enemigo.

—Aquí no vas a encontrar a ningún enemigo, efendi.

—Eso no se puede saber.

Descabalgué. Eran visibles las huellas de tres animales, un camello y dos caballos. El primero era con toda seguridad un camello de montar, a juzgar por la ligereza de sus pisadas. Estudiando las huellas más detenidamente, observé una peculiaridad en ellas que me hizo suponer que uno de los caballos cojeaba en una de sus patas. Aquello debió de despertar mi asombro, ya que me encontraba en una tierra en que la abundancia de caballos permitía que no se montase a ninguno que sufriese cojera. El dueño del animal o era extranjero o un árabe muy pobre. Halef se reía ante el sumo cuidado que yo ponía al examinar la arena, y al levantarme me preguntó:

—¿Qué has visto, *sidi*?

—Son dos caballos y un camello.

—¡Dos caballos y un *yemel*! ¡Qué Alá bendiga tus ojos! He visto lo mismo que tú sin necesidad de apearme. Quieres ser un *taleb*, un sabio, pero haces cosas de las que se reiría un *hamahr*, un arriero. ¿De qué te sirve el tesoro de la ciencia que aquí has perfeccionado?

—De momento sé que los tres jinetes han pasado por aquí hace unas cuatro horas.

—¿Para qué te sirve esa sabiduría? Vosotros, los hombres de Belad el Rumi, de Europa, sois gentes extrañas.

Acompañaba sus palabras poniendo una cara en la que pude leer una profunda compasión, sin embargo preferí proseguir nuestro camino en silencio. Seguimos la pista durante casi una hora hasta el lugar donde el *wadi* forma una curva, y al dar la vuelta a un recodo, nuestros caballos se pararon de forma instintiva. Vimos tres buitres que no lejos de nosotros, tras una duna de arena, saltaban en cuclillas y que ante nuestras miradas alzaron el vuelo con un ronco griterío.

—¡El *bidj*, el buitre barbudo! —dijo Halef.

—Donde aparece, casi con seguridad hay carroña.

—Debe de haber algún animal muerto por aquí cerca —contesté mientras le seguía. Espoleó su yegua para adelantarse de forma que yo me quedé atrás. Apenas hubo alcanzado las dunas se detuvo tirando bruscamente de las riendas y lanzando un grito de horror.

—¡*Mash Alá*, por mi Dios! ¿Qué es esto? ¿No es un hombre, *sidi*, lo que aquí veo?

Tuve que responder afirmativamente. Ciertamente se trataba de un hombre que yacía inerte y con cuyo cadáver los buitres se estaban dando un macabro festín. Desmonté a toda prisa y me arrodillé junto a él. Sus ropas habían sido desgasa-

rradas por las rapaces. Pero aquel infeliz no podía llevar muerto mucho tiempo, como pude notar al palparle.

—*¡Alá kerihm*, Dios el misericordioso! *Sidi*, ¿ha muerto este hombre de muerte natural? —me preguntó Halef.

—No. ¿No ves la herida en el cuello y el orificio en el cráneo? Le han asesinado.

—¡Alá condene a quien ha cometido este crimen! ¿O es quizá posible que haya muerto en noble combate?

—¿A qué llamas tú noble combate? Quizá haya sido víctima de una venganza sangrienta. Vamos a inspeccionar sus ropas.

Halef me ayudó en aquella tarea. No encontramos nada de importancia hasta que mis ojos se fijaron en la mano del muerto. Observé que llevaba un anillo de oro de los que se usan como alianzas nupciales, y se lo quité. En su parte interior figuraba grabado con letra pequeña, pero muy clara, la inscripción *E.P. 15 juillet 1830*.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Halef.

—Este hombre no era un *Ibn arab*¹⁰.

—¿Qué era entonces?

—Francés.

—¿Un francés, un cristiano? ¿Cómo lo sabes?

—Cuando un cristiano toma esposa se intercambian el anillo en el que aparece grabado el nombre y el día de la boda.

—¿Y ese es un anillo de esos?

—Sí.

—¿Pero cómo sabes tú que el muerto pertenecía al pueblo de los franceses? Podría muy bien ser *inglis*¹¹ o *nemsi*¹² como tú.

¹⁰ Árabe.

¹¹ Inglés.

¹² Alemán.

—Está escrito en francés.

—Pero puede pertenecer a otro pueblo. ¿No crees, efendi, que un anillo se puede encontrar o incluso robar?

—Cierto. Pero fíjate en la camisa que lleva debajo de su traje. Es la de un europeo.

—¿Quién lo ha matado?

—Sus dos acompañantes.

—¿No ves que la tierra está removida por la lucha? ¿No ves que...?

Me interrumpí en mitad de la frase. Me había levantado para examinar el suelo, cuando vi, no lejos del lugar donde yacía el muerto, que comenzaba un rastro de sangre más grande que se metía entre unas rocas. Lo seguí con el arma amartillada, pues los asesinos podrían encontrarse cerca. Apenas me hube alejado un poco, cuando un buitre se echó a volar con un fuerte batir de alas, y observé que en el lugar donde había alzado el vuelo yacía tendido un camello. Estaba muerto; en su pecho se veía un herida ancha y profunda. Halef cruzó sus manos.

—¡Un *hedjihn* gris, un *hedjihn* tuareg, y esos asesinos, esos canallas, esos perros, lo han matado!

Era evidente que Halef lamentaba más la muerte del magnífico animal que la del francés. Como auténtico hijo del desierto, para el que el objeto más insignificante tiene valor, se agachó a examinar la silla del camello. No encontró nada. Las alforjas estaban vacías.

—Los asesinos se llevaron todo, *sidi*. ¡Que ardan en el *Gehena* durante toda la eternidad! No han dejado nada, absolutamente nada más que el camello... y los papeles que están ahí en la arena.

Sus palabras hicieron que me fijara en que un poco más lejos de donde nos encontrábamos había unos papeles arrugados de los que se habían deseado como inútiles.

Quizá podrían ofrecerme algún punto de partida y me fui a recogerlos. Eran hojas de periódico. Alisé los pedazos arrugados y los junté con precisión. Tenía en mis manos dos páginas de *La Vigie algérienne*, de *L'Indépendant* y de *Mahouna*. El primer periódico era de Argel, el segundo de Constantina y el tercero de Guelma. A pesar de sus distintos orígenes, tras un análisis más detenido encontré una sorprendente coincidencia en el contenido de las páginas: las tres daban cuenta del asesinato de un rico comerciante francés en Blidah. Las sospechas del asesinato recaían en un vendedor armenio que se había dado a la fuga y al que buscaban las autoridades. La descripción de sus rasgos personales coincidía exactamente en los tres periódicos. ¿Por qué motivo llevaba el muerto aquellos periódicos consigo, a quién había pertenecido el camello? ¿Es posible que aquel caso estuviera relacionado con él? ¿Era quizá pariente del comerciante de Blidah? ¿Era él el asesino? ¿O era un policía que seguía las huellas del criminal? Me guardé los papeles y el anillo, que coloqué en mi dedo, y regresé con Halef junto al cadáver. Sobre él sobrevolaban obstinadamente los buitres, que al alejarnos nosotros se habían vuelto a posar sobre el camello.

—¿Qué piensas hacer ahora, *sidi*? —preguntó mi sirviente.

—No nos queda otra cosa que enterrarlo.

—¿Quieres cavarle una tumba?

—No. Nos faltan herramientas. Vamos a colocar piedras sobre él para protegerlo de las fieras.

—¿Crees realmente que se trata de un *yaur*?

—Es un cristiano.

—Es posible que te equivoques, *sidi*. ¿Por qué no puede ser un creyente? Déjame pedirte una cosa.

—¿Cuál?

—Que lo coloquemos de forma que su cara mire a La Meca.

—No tengo nada en contra, porque también estará dirigido hacia Jerusalén, donde nuestro Señor sufrió y murió. Vamos, ayúdame.

Fue una triste tarea que realizamos en el más profundo silencio. Cuando el montón de piedras hubo alcanzado una altura suficiente para cubrir por completo el cadáver del desgraciado y guarecerle de las fieras del desierto, añadí otras formando una cruz y crucé mis manos para rezar una oración. Cuando hube terminado, Halef dirigió su mirada hacia el oriente para recitar la sura 112 del Corán:

—¡En el nombre de Alá, el misericordioso! Di: Dios es el único y eterno Dios. No engendra ni ha sido engendrado y ningún ser es igual que él. El hombre ama lo que es pasajero, y descuida la vida futura. Pero tu hora ha llegado y ahora serás llevado ante tu Dios, que te despertará a la nueva vida. ¡Que el número de tus pecados sea pequeño y que el número de tus buenas acciones sea tan grande como los granos de arena sobre la que duermes en el desierto!

Tras estas palabras se agachó para lavarse con arena las manos, impuras después de haber estado en contacto con el cadáver.

—Así, *sidi*, vuelvo a ser *tahir*, lo que los hijos de Israel llaman *kauch*, y puedo volver a tocar lo que es limpio y sagrado. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Perseguir a los asesinos hasta alcanzarlos.

—¿Quieres matarlos?

—No soy juez. Hablaré con ellos y me enteraré de por qué han matado a ese hombre. Entonces sabré lo que tengo que hacer.

—No pueden ser muy inteligentes, porque de lo contrario no hubieran sacrificado un *hedjihn*, que vale mucho más que sus caballos.

—Es posible que el *hedjihn* les hubiera delatado. Ahí veo sus huellas. En marcha. Nos sacan cinco horas de ventaja. Quizá demos con ellos mañana antes de que lleguen a Seddada.

A pesar del calor sofocante y del suelo pedregoso y abrupto, galopábamos tan velozmente que parecía que fuésemos a alcanzar a las gacelas, lo que hacía poco menos que imposible mantener una conversación. Pero más imposible aun era que mi buen Halef pudiera mantener aquel silencio largo tiempo.

—¡*Sidi!* —gritó detrás de mí—. ¿Me quieres abandonar? Me di la vuelta para verle.

—¿Abandonarte?

—Sí. Las patas de mi yegua son más viejas que las de tu potro bereber.

Ciertamente la vieja yegua sudaba profusamente y de sus belfos caían espumarajos en gran cantidad.

—Hoy no descansaremos como normalmente hacemos cuando el calor es tan sofocante, sino que cabalgaremos hasta el anochecer. De otro modo, no daremos alcance a los dos sujetos que van por delante de nosotros.

—Quién mucho corre no por eso llega más temprano que aquel que va más despacio, efendi, pues... ¡*Alá Akbar!* ¡Mira allí abajo!

Nos encontrábamos ante un escarpado precipicio del *wadi* y divisamos como alrededor de un cuarto de legua por debajo de nosotros a dos jinetes o, mejor dicho, a dos hombres sentados junto a una pequeña *sobha*¹³ que contenía agua salitrosa. Sus caballos mordisqueaban las secas y espinosas mimosas que crecían a su alrededor.

—¡Ah! ¡Son ellos!

—Sí, *sidi*, son ellos. También el calor les resulta insopor- table y han decidido esperar a que se pase este fuego abra- sador.

—O se han quedado para repartirse el botín. ¡Atrás, Halef, échate atrás para que no nos vean! Dejaremos el *wadi* y cabal- garemos un poco hacia el Oeste para hacer como si viniéramos del Chott Rharsa.

—¿Por qué, efendi?

—No sospecharán que hemos encontrado el cadáver del asesinado.

Nuestros caballos remontaron la margen del *wadi* y a con- tinuación nos internamos en el desierto hacia el Oeste. Des- pués dimos un rodeo y nos dirigimos al lugar donde se encon- traban los dos individuos. No nos podían ver porque se hallaban en el fondo del *wadi*, pero sí podían oírnos al apro- ximarnos. Efectivamente, ya se habían levantado y empuña- do sus armas cuando llegamos al borde del barranco. Hice como si me hubiera sorprendido tanto como ellos al encon- trarme inesperadamente con otras personas allí en la soledad del desierto, pero no juzgué necesario echar mano de mi arma.

—¡*Salam aleikum!* —les grité deteniendo mi caballo.

¹³ Charca.

—*¡Aleikum!* —respondió el más viejo de ellos.
 —¿Quiénes sois?
 —Somos gente de paz.
 —¿De dónde venís?
 —Del Oeste.
 —¿Y hacia adónde os dirigís?
 —A Seddada.
 —¿De qué tribu sois?
 —Señalé a Halef y respondí:
 —Mi compañero procede de la llanura Admar y yo pertenezco a los Beni-Sachsa¹⁴.
 —Nosotros somos de la famosa tribu de los Uelad Hamalek.
 —Los Uelad Hamalek son buenos jinetes y valientes guerreros. ¿De dónde venís?
 —De Gafsa.
 —Entonces habéis hecho un largo viaje.
 —¿Adónde vais?
 —A Bir¹⁵ Saudí, donde tenemos amigos.
 Las dos cosas, que vinieran de Gafsa y que se dirigieran al manantial de Saudí, eran mentira. Sin embargo, hice como si creyera sus palabras y les pregunté:
 —¿Nos permitís descansar aquí con vosotros?
 —Nos quedaremos hasta mañana al amanecer —fue su respuesta, sin contestar a mi pregunta con un sí o con un no.
 —Nosotros también pensamos quedarnos a descansar hasta la salida del sol. Tenéis agua suficiente para nosotros y también para los caballos. ¿Podemos quedarnos con vosotros?

¹⁴ Hijo de sajones.

¹⁵ Fuente.

—El desierto pertenece a todos. ¡*Marhaba!* Sed bienvenidos.

A pesar de su respuesta, se veía claramente que preferían que nos marcháramos a que nos quedáramos. No obstante, seguimos bajando por la pendiente y desmontamos al llegar al agua, donde nos hicimos un sitio sin más ceremonias. Las dos caras que ahora podía reconocer no inspiraban ninguna confianza. El más viejo, el que hasta entonces había hablado, era alto y flaco. La chilaba le caía de tal forma que parecía un espantapájaros. Bajo un sucio turbante azul brillaban siniestros dos pequeños y penetrantes ojos; sobre los pequeños y descoloridos labios asomaba un ralo y escaso bigote; la nariz puntiaguda tendía desmesuradamente a alzarse, y la nariz, sí... definitivamente aquella nariz me recordaba poderosamente a los buitres que poco antes habíamos ahuyentado del cadáver del asesinado. No era la de ningún águila ni tampoco la de un azor; tenía realmente la forma del pico de un buitre. El otro era un joven de singular belleza, pero las pasiones habían apagado el brillo de sus ojos, extenuado sus nervios y arrugado su frente y mejillas antes de tiempo. Su apariencia no inspiraba ninguna confianza. El de más edad hablaba árabe con el acento con que se habla en el Éufrates, y el más joven me hizo sospechar que su origen no era oriental, sino europeo. Sus caballos, que se hallaban cerca, no parecían ser muy buenos y se encontraban visiblemente extenuados. Sus ropas tenían un aspecto miserable, pero sus armas estaban en perfecto estado. Allí donde antes habían estado sentados se veían distintos objetos que difícilmente se encuentran en el desierto, y que seguían allí porque no habían tenido tiempo de ocultarlos: un pañuelo de seda, un reloj de oro con su cadena, una brújula, un magnífico revólver y un libro de notas

encuadernado en piel. Aparenté no haberme fijado en aquellos objetos, y saqué de mis alforjas un puñado de dátiles que empecé a comer de una manera tranquila y despreocupada.

—¿Qué vais a hacer en Seddada? —me preguntó el más viejo.

—Nada. Vamos más lejos.

—¿Hacia adónde?

—Atravesaremos el Chott Yerid para ir a Fetnassa y Kbilli.

Por la imprudente mirada que lanzó a su compañero supe que se dirigían al mismo destino. Entonces continuó preguntando:

—¿Tenéis negocios en Fetnassa o en Kbilli?

—Sí.

—¿Vas allí a vender tus rebaños? ¿O tus esclavos?

—No.

—¿O quizá las mercancías que traes de Sudán?

—No.

—¿Entonces qué?

—Nada. Los hijos de mi tribu no hacen negocios en Fetnassa.

—¿Vas allí acaso a buscar alguna mujer?

Simulé improvisadamente una cara de indignación.

—¿No sabes que es una ofensa hablarle a un hombre de su mujer? ¿O acaso eres un *yaur* que no conoces las costumbres?

El hombre se sintió auténticamente avergonzado, y de ello deduje que mis palabras habían acertado de pleno. En modo alguno tenía la fisonomía de un beduino; caras como la suya me cuadraban más entre gentes de origen armenio, pero ¿acaso no era un mercader armenio el que había asesinado al

comerciante de Blidah y cuya descripción personal llevaba yo en el bolsillo? No me había tomado el tiempo suficiente para leer atentamente la orden de busca y captura, ni siquiera los detalles relativos a sus rasgos físicos. Mientras estos pensamientos se cruzaban a toda velocidad por mi cabeza, mi mirada se posó de nuevo en el revólver. En la cache de la empuñadura podía verse grabado un nombre.

—¡Permíteme! —dije tomando el arma al mismo tiempo que hablaba, y leí: «*Paul Galingré, Marseille*». Con toda seguridad no era el nombre del fabricante, sino del dueño. Pero no mostré en mi rostro ningún interés sino que con toda sencillez pregunté—: ¿Qué clase de arma es esa?

—Es una... una pistola que gira.

—¿Me puedes enseñar cómo se dispara?

Me lo explicó. Le escuché con atención y después le dije:

—No eres un *uelad hamalek*, sino un *yaur*.

—¿Por qué?

—¿Lo ves? ¡He acertado! Si fueras un hijo del Profeta, me hubieras disparado por haberte llamado *yaur*. Solo los infieles tienen revólveres. ¿Cómo puede haber llegado esta arma a manos de un *uelad hamalek*? ¿Es un regalo?

—No.

—¿Entonces la has comprado?

—No.

—¿Es que se trata de un botín?

—Sí.

—¿De quién?

—De un francés.

—¿Con el que luchaste?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el campo de batalla.

—¿En cuál?

—En El Guerara.

—¡Mientes!

Esta vez se le agotó la paciencia. Se levantó y empuñó el revólver.

—¿Qué dices, que estoy mintiendo? Voy a matarte como...

Le corté la palabra:

—¡Como al francés de allá arriba en Wadi Tarfau!

La mano que empuñaba el revólver se apartó y una palidez mortal cubrió el rostro del hombre, pero en seguida recuperó su aplomo y preguntó con acento amenazador:

—¿Qué quieres decir con esas palabras?

Me llevé la mano al bolsillo, saqué los periódicos y eché una ojeada a las hojas para ver cuál era el nombre del asesino.

—Quiero decir que tú no perteneces a los *uelad hamalek*. Tu nombre me es muy conocido: te llamas Hamd el Amasat.

Se echó hacia atrás extendiendo las dos manos en actitud defensiva.

—¿De qué me conoces?

—Sé quién eres y con eso basta.

—No, tú no me conoces. No me llamo como tú dices; soy un *uelad hamalek*, y a quién lo niegue le pego un tiro.

—¿A quién pertenecen esas cosas?

—A mí.

Cogí el pañuelo. Vi que llevaba bordadas las iniciales P.G. Abrí el reloj y en la parte interior de su tapa también aparecían grabadas las mismas iniciales.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿Y a ti qué te importa? ¡Déjalos!

En lugar de obedecerle, abrí la agenda. En la primera hoja leí el nombre de Paul Galingré, pero el resto estaba estenografiado y no sé leer taquigrafía.

—¡Déjalo, te digo!

Al decir estas palabras me arrancó el libro de las manos con tanta fuerza que fue a parar a la charca. Me levanté para recogerlo, pero ahora me encontraba con una doble resistencia, porque el más joven de los dos se había colocado entre el agua y yo. Hasta ese momento Halef había escuchado nuestra disputa con aparente desinterés, pero observé que tenía el dedo en el gatillo de su larga espingarda. Tan solo esperaba que yo hiciera una señal para disparar. Me agaché para coger también la brújula.

—¡Alto! ¡Eso es mío! ¡Devuelve esas cosas! —vociferó mi adversario. Me cogió por el brazo para dar más fuerza a sus palabras, pero yo respondí con la mayor serenidad:

—Vuelve a sentarte. Tengo que hablar contigo.

—¡No tengo nada que tratar contigo!

—Pero yo sí. Siéntate, si no quieres recibir un balazo.

Esta amenaza surtió su efecto. Volvió a sentarse y yo hice lo mismo. Después saqué mi revólver y le dije:

—Ves, yo también tengo un arma de las que giran. Aparta la tuya, si no quieres que la mía se dispare.

Puso lentamente el arma en el suelo, pero dejándola a su alcance para empuñarla en el momento oportuno.

—Tú no eres un *uelad hamalek*.

—Lo soy.

—No vienes de Gafsa.

—Vengo de allí.

—¿Cuánto tiempo llevas recorriendo el Wadi Tarfauí?

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Me importa mucho. Ahí arriba está el cadáver del hombre que has asesinado.

Un rictus malvado contrajo sus facciones.

—Y si lo hubiera hecho, ¿qué tendrías tú que decir?

—Muy poco. Solo algunas palabras.

—¿Cuáles?

—¿Quién era el hombre?

—No le conozco.

—¿Por qué le has matado a él y a su camello?

—Porque quise.

—¿Era él un creyente?

—No, era un *yaur*.

—¿Has cogido todo lo que llevaba consigo?

—¿Debería haberlo dejado allí?

—No. Deberías habérmelo guardado.

—¿Para ti? No te comprendo.

—Esfuézate un poco. El muerto era un *yaur*, yo también soy *yaur* y soy quien va a vengarle.

—¿Con sangre?

—No, si así fuera ya estarías muerto. Estamos en el desierto, donde la única ley que impera es la del más fuerte. No quiero probar cuál de los dos lo es más; dejo la venganza en manos de Dios, que todo lo sabe y todo lo ve y no deja ningún crimen sin castigo. Pero te voy a pedir una cosa, y harás muy bien cumpliéndola: dame todo lo que le has quitado al muerto.

Sonrió con altanería.

—¿De verdad crees que voy a hacer eso?

—Eso creo.

—¡Pues toma lo que buscas!

Hizo un rápido movimiento con la mano para empuñar el revólver, pero desistió al encontrarse con el cañón del mío apuntándole.

—¡Quieto o disparo!

Ciertamente me hallaba en una situación delicada. Por suerte, mi adversario, que parecía tener más astucia que valor, retiró la mano del arma y permaneció indeciso.

—¿Qué vas a hacer con esos objetos?

—Se los devolveré a los parientes del muerto.

Se quedó mirándome con un aire poco menos que compasivo.

—Mientes. Lo que tú quieres es quedarte con ellos.

—No miento.

—¿Y qué vas a hacer conmigo?

—Por ahora, nada; pero cuidate de no volver jamás a cruzarte en mi camino.

—¿Realmente te diriges a Seddada?

—Sí.

—¿Y si te entrego los objetos, me dejarás a mí y a mi compañero proseguir sin más camino hasta Bir Saudí?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¡Júralo!

—Un *yaur* no jura; cumple su palabra sin hacer juramento.

—Ten, toma el revólver, el reloj, la brújula y el pañuelo.

—¿Qué más llevaba consigo?

—Nada más.

—¿Y el dinero?

—Eso me lo quedo yo.

—No me opongo, pero dame la bolsa o el talego dónde lo guardaba.

—Lo tendrás.

Metió la mano en su faja y sacó una bolsa bordada con perlas que me entregó después de vaciarla.

—¿No tenía nada más?

—No. ¿Quieres registrarme?

—No.

—¿Entonces podemos partir?

—Sí.

Ahora parecía sentirse más aliviado que antes. Su compañero, que era sin duda más asustadizo, se alegraba de haber salido tan bien librado de aquel lance. Tomaron sus pertenencias y montaron a caballo.

—*¡Salam aleikum!* ¡La paz sea con vosotros!

No respondí, y ellos se tomaron mi descortesía con indiferencia. En pocos instantes habían desaparecido detrás del borde del *wadi*. Hasta entonces Halef no había pronunciado una sola palabra. Rompió ahora su silencio.

—*¡Sidi!*

—¿Qué quieres?

—¿Te puedo decir algo? ¿Conoces al avestruz?

—Sí.

—¿Sabes cómo es?

—Tú dirás.

—Tonto, muy tonto.

—¿Y qué?

—Perdóname, efendi, pero me pareces más tonto que el avestruz.

—¿Por qué?

—Porque has dejado que escapen esos canallas.

—No podía detenerlos ni matarlos.

—¿Y por qué no? Si hubieran matado a un creyente, ten por seguro que les habría enviado al infierno con todos los demonios. Como se trataba de un *yaur*, a mí me es indiferente si reciben o no su castigo. ¡Pero tú eres cristiano y dejas escapar a los asesinos de otro cristiano!

—¿Quién te dice a ti que se van a escapar?

—¡Ya están lejos! Llegarán a Bir Saudi y desde allí irán a Debila y a El Ued para desaparecer en el Areg¹⁶.

—No, no harán nada parecido.

—¿Por qué no? Dijeron claramente que se dirigían a Bir Saudi.

—Mintieron. Van camino de Seddada.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mis ojos.

—¡Qué Alá bendiga los ojos con que ves las huellas en la arena! Solo un infiel puede obrar cómo tú. Pero pronto te convertiré a la verdadera fe, puedes estar seguro, quieras o no.

—Entonces me llamaré peregrino sin haber estado en La Meca.

—¡*Sidi!* ¡Me has prometido no hablar de eso!

—Así es, mientras tú no me intentes convertir.

—Tú eres el amo y no tengo más remedio que obedecerte. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Por lo pronto nos ocuparemos de nuestra seguridad. Aquí donde estamos nos pueden alcanzar sus balas. Tenemos que asegurarnos de que esos rufianes se han marchado efectivamente.

¹⁶ Región de las dunas.

Remonté el borde del desfiladero y vi que realmente una gran distancia separaba a los dos jinetes de nosotros y que se dirigían hacia el Sudoeste. Halef me había seguido.

—Por allí van —me dijo—. Esa es la dirección de Bir Sauidi.

—Cuando se hayan alejado lo suficiente, se volverán hacia el Este.

—*Sidi*, me parece que tu cerebro se está derritiendo. Si hacen eso, caerán en nuestras manos.

—Suponen que saldremos mañana al amanecer, y por eso creen llevarnos mucha delantera.

—Haces conjeturas, pero no tienes manera de saber si estás en lo cierto.

—¿Eso crees? ¿No te dije allá arriba que uno de sus caballos andaba de un modo raro?

—Sí, ya me fijé cuando partieron.

—Pues con la misma razón te digo ahora que se dirigen a Seddada.

—¿Por qué no salimos en su persecución ahora mismo?

—Podríamos llegar antes que ellos si siguiéramos el camino en línea recta. En ese caso, verían nuestras huellas y se esconderían para no encontrarse con nosotros. Volvamos junto a la charca y descansemos hasta la hora de partir.

Volvimos a desmontar. Me tendí sobre la manta que había extendido en el suelo y tiré del extremo de mi turbante a modo de *lischam*¹⁷ para cubrirme el rostro y cerré los ojos, no para dormir, sino para reflexionar sobre nuestra última aventura. Pero ¿quién es capaz de concentrar mucho tiempo la mente

¹⁷ Velo.

en el calor abrasador del Sáhara? No pude evitar adormecerme y es posible que hubiera dormido un par de horas cuando me desperté de nuevo. Levantamos el campamento. El Wadi Tarfaui va a dar al Chott Rharsa, por lo que debíamos dejarlo si queríamos dirigirnos al Este, a Seddada. Al cabo de quizás una hora encontramos el rastro de dos caballos que provenían del Este y se encaminaban hacia el Oeste.

—Dime, Halef, ¿reconoces estas *ethar*, estas huellas?

—*Mash Alá*, tenías razón, *sidi!* Se dirigen a Seddada.

Me bajé del caballo y examiné las pisadas.

—Han pasado por aquí apenas hace media hora. Cabalgaremos despacio si no queremos que vean que los seguimos.

Las estribaciones del Yébel Tarfaui descendían suavemente hacia la llanura, y cuando el sol se ocultó y al poco rato salió la luna, vimos Seddada a nuestros pies.

—¿Seguimos bajando? —preguntó Halef.

—No. Dormiremos bajo los olivos, allí en el desnivel de la montaña.

Nos desviamos un poco de nuestra ruta y encontramos entre los olivos un lugar excelente para acampar. Como estábamos acostumbrados a los aullidos del chacal, al grito del zorro del desierto y a la risa grave de las sigilosas hienas, aquellos sonidos de la noche no perturbaban nuestro sueño. Cuando nos despertamos lo primero que hice fue estudiar las huellas del día anterior. Estaba convencido de que sería inútil seguir las en las proximidades de un lugar habitado, pero para mi sorpresa comprobé que no conducían a Seddada, sino que giraban hacia el Sur.

—¿Por qué no habrán bajado? —preguntó Halef.

—Para que no se les vea. Un asesino al que se le busca debe ser muy cauteloso.

—¿Pero entonces adónde van?

—En cualquier caso a Kris, para atravesar el Yerid. Entonces habrán dejado atrás Argelia y se encontrarán a salvo por completo.

—Sin embargo, ya nos hallamos en Túnez. La frontera va desde Bir el Khalla a Bir el Tam, pasando por Chott Rharsa.

—Eso no basta para gente como ellos. Apuesto a que van a Kufarah por Fezzan porque solo allí se sienten del todo a salvo.

—También aquí se encuentran a salvo si presentan un *bujeruldu*¹⁸ del Sultán.

—Eso no les servirá de gran cosa frente a un cónsul o con la policía.

—¿Eso crees? Yo no aconsejaría a nadie que pecara contra la poderosa *Giölgeda Padischah*¹⁹.

—¿Eso lo dices tú, que presumes de ser un árabe libre?

—Sí. En Egipto he sido testigo del poder del Gran Señor, pero en el desierto no le temo. ¿Nos dirigimos ahora a Seddada?

—Sí, para comprar dátiles y poder beber agua pura. Después continuaremos nuestro camino.

—¿Hacia Kris?

—Sí, hacia allí nos dirigimos.

Un cuarto de hora después habíamos restablecido nuestras fuerzas y reemprendíamos el camino de Seddada que lleva hasta Kris. A nuestra izquierda resplandecía la superficie del Chott Yerid, una vista de la que quise gozar el mayor tiempo posible.

El Sáhara aún guarda enigmas sin desentrañar. En 1845 Virlet d'Aoust concibió el proyecto de transformar en una gran

¹⁸ Salvoconducto.

¹⁹ Sombra del padichá.

laguna parte del desierto para convertir en tierras fértiles las zonas adyacentes y acercar así a los moradores de aquellos parajes al progreso y la civilización. Que este proyecto sea realizable y pueda coronarse con éxito aún está por ver.

Al pie de la ladera meridional del Yébel Aures y de la prolongación oriental de esta cordillera, es decir, del Dra el Hau, el Yébel Tarfaui, el Yébel Situna y el Yébel Hadifa, se extiende una vasta llanura uniforme con algunas ondulaciones aquí y allá, y cuyas depresiones contienen láminas y cristales de sal. Son residuos de aguas continentales que en otra época la cubrían y que en la parte argelina se llaman *chotts* y en la tunecina *sobhas* o *sebchas*. Los límites de este peculiar e interesante territorio configuran al Oeste las estribaciones de la meseta de Beni-Mzab, al Este el istmo de Gabes y al Sur la región de dunas de Ssuf y Nifzaua junto al extenso Yébel Tebaga. Tal vez bajo esta depresión se encuentre el Golfo de Tritón, del que habla Heródoto, el padre de la Historia. Además de un sinfín de pequeños pantanos que se secan en verano, este territorio consta de tres grandes lagos salados, que se continúan de oeste a este y que son los *chotts* Melrir, Rharsa y Yerid, este último también llamado El Kebir. Estas tres cuencas dibujan una zona cuya mitad occidental se halla por debajo del mar Mediterráneo en Gabes y con la bajamar. La depresión en las regiones de los *chotts* está hoy día en gran parte cubierta de masas de arena, y solo en el centro de cada cuenca hay una considerable masa de agua que por su aspecto da motivo a los autores árabes y a los viajeros para compararlos con una alfombra de alcanfor o con una colcha de cristal, y a veces con una placa de plata o con una superficie de metal derretido. Esta apariencia se debe a

la costra de sal de que están cubiertas las aguas y cuyo grosor varía entre diez y más de veinte centímetros. Solo en algunos puntos es posible andar sin peligro inminente de perder la vida. ¡Ay del que se desvía de la estrecha senda, aunque sea un palmo de la mano! La capa de sal cede y el abismo engulle instantáneamente a su víctima, para acto seguido volver a cerrarse la capa de sal sobre la cabeza del desgraciado. Los pequeños vados que atraviesan la capa de sal del *chott* se vuelven muy peligrosos, especialmente en la época de lluvias, cuando esta deja al descubierto y erosiona la costra salina recubierta de arena movediza.

El agua de los *chotts* es verde y espesa, y mucho más salada que la del mar. Toda tentativa de medir la profundidad sería infructuosa, por las características del terreno, aunque puede asegurarse que ninguna de aquellas lagunas pantanosas tiene más de cincuenta metros de profundidad. El peligro real de que se rompa la capa de sal está relacionado con las masas de arenas movedizas y flotantes que hay debajo de la capa verdosa de agua, que fluye a unos cincuenta y ochenta centímetros de profundidad, y son fruto del trabajo constante del Simún, el cual durante siglos y siglos ha desplazado las arenas desde el desierto al agua. Los más antiguos geógrafos árabes, Ibn Yobeir, Ibn Batuta, Obaidah el Bekri, el Istakhri y Omar Ibn el Wardi, coinciden en señalar el grave riesgo que entrañan estos *chotts* para el viajero. El Yerid ha engullido millares de camellos y de hombres, que desaparecieron en sus profundidades sin dejar rastro. En el año 1826, una caravana integrada por más de mil camellos tuvo que atravesar el *chott*. Una fatal casualidad hizo que el camello que encabezaba la caravana se desviara de la estrecha senda y

desapareciera en el fondo del *chott* seguido por todos los demás camellos, los cuales irremisiblemente fueron tragados uno tras otro entre una masa resbaladiza y viscosa. Apenas se hubo hundido la caravana, la capa de sal tomó su antigua forma, y ni el más pequeño indicio, ni la más mínima señal dejaron huella de la terrible desgracia. Un suceso así puede parecer imposible si no se tiene presente que el camello está acostumbrado a seguir ciega e incondicionalmente al que va delante y al que además va atado, y que la senda que cruza el *chott* es a veces tan estrecha que volver atrás es prácticamente imposible para un animal o para una caravana.

La vista de esa traicionera llanura, bajo la cual acecha la muerte, recuerda en algunos puntos a una resplandeciente lámina azulada de plomo derretido. La corteza es a veces dura y transparente, y suena a cada paso como el suelo del volcán La Solfatará en Nápoles; pero en general está formada por una masa blanda y fangosa que parece firme, aunque apenas soporta una ligerísima capa de arena. Cualquier otro peso la hace ceder para cerrarse luego encima. Para marcar el camino, los guías se sirven de piedras pequeñas que colocan en hileras. Antiguamente, en el Chott el Kebir, se clavaban en el suelo ramas de palmera con el mismo propósito. La rama de la palmera datilera se llama *yerid*, y de ahí el nombre de este *chott*. Los montoncitos de piedras, que se llaman *gmair*, faltan en algunos sitios donde en el espacio de varios metros el agua llega a cubrir hasta el pecho de los caballos. Por lo demás, la costra de los *chotts* no se muestra como terreno llano y uniforme, sino que, por el contrario, forma ondulaciones, alguna de las cuales alcanza hasta los treinta metros de altura. Las crestas de estas elevaciones son las que utilizan como vados

las caravanas, y entre ellas, en su parte más inferior, es donde acecha la muerte. Hasta un viento suave puede hacer oscilar la capa de sal, y se forman agujeros y resquicios por donde brota el agua con la fuerza de un manantial.

Esta brillante, pero traidora superficie se hallaba a nuestra izquierda cuando emprendimos la marcha hacia Kris, desde donde una vereda sobre el *chott* conduce a Fetnassa, situada en la península opuesta de Nifzaua. Halef extendió la mano y señaló abajo.

—¿Ves el *chott*, *sidi*?

—Sí.

—¿Lo has pasado alguna vez?

—No.

—Entonces da gracias a Alá, pues quizá estarías ya reunido con tus antepasados. ¿Y vamos ahora a atravesarlo?

—No te quepa duda.

—¡*Bismilá!* ¡En nombre de Dios! Mi amigo Sadek debe de vivir aún.

—¿Quién es ese Sadek?

—Mi hermano Sadek es el guía más afamado del Chott Yerid; no ha dado nunca un paso en falso. Pertenece a la tribu de los Merazig y su madre le dio a luz en Muii Hamed; pero vive con su hijo, que es un valiente guerrero, en Kris. Conoce el *chott* mejor que nadie, y a él te voy a confiar, *sidi*. ¿Vamos directamente a Kris?

—¿Cuánto nos falta para llegar?

—Poco más de una hora.

—Entonces nos desviaremos al Oeste. Hay que ver si encontramos el rastro de los asesinos.

—Pero ¿crees realmente que han ido a Kris?

—También ellos habrán acampado y estarán por delante de nosotros preparándose para cruzar el *chott*.

Nos salimos del camino que habíamos seguido hasta entonces y nos dirigimos en línea recta al Oeste. Junto al sendero que debíamos seguir, encontramos varias huellas, que poco después fueron disminuyendo hasta desaparecer por completo.

Finalmente, donde el sendero lleva a El Hamma, vi en la arena el rastro de dos caballos, y después de examinarlo detenidamente, me convencí de que era el que yo buscaba. Lo seguimos hasta cerca de Kris, donde se perdía en el ancho camino. Tenía la certeza de que allí se encontraban los asesinos. Halef se había quedado pensativo.

—*Sidi*, ¿puedo decirte una cosa? —me preguntó.

—Dila.

—Es bueno leer en la arena.

—Celebro que lo reconozcas. Pero ya estamos en Kris. ¿Dónde vive tu amigo Sadek?

—Sígueme.

Atravesamos la aldea, que se componía de algunas chozas y tiendas rodeadas de palmeras, hasta llegar a un grupo de almendros que resguardaba una choza ancha y de bajo techo. De ella salió un árabe, y al vernos echó a correr alegremente a recibir a mi pequeño amigo Halef.

—¡Sadek, hermano mío, preferido del Califa!

—¡Halef, bendecido por el Profeta!

Se tendieron mutuamente los brazos y se abrazaron como dos enamorados. Luego me dijo el árabe:

—Perdona mi descortesía. Entrad en mi casa, que es la vuestra.

Cumplimos su deseo. Estaba solo y nos ofreció diferentes refrescos, a los que hicimos los debidos honores. Entonces a Halef le pareció llegada la hora de presentarme.

—Este es Kara Ben Nemsi, un gran *taleb* de Occidente, que sabe hablar con los pájaros y leer en la arena. Hemos realizado ya grandes hazañas; soy su criado y su amigo y tengo que convertirle a la verdadera fe.

Mi buen guía me había preguntado una vez mi nombre, y ciertamente lo había retenido en la memoria. Pero como Karl le era de difícil pronunciación, lo convirtió en Kara, añadiendo Ben Nemsi, es decir, descendiente de los alemanes. En dónde podía haber hablado yo con los pájaros no me acordaba, pero esta afirmación la hacía con objeto de colocarme a la altura de Salomón, pues también el rey sabio poseía el don de entender el lenguaje de los animales. Tampoco sabía cosa alguna de las grandes hazañas que, según Halef, habíamos llevado a cabo, a no ser que considerara como tal el haberme quedado una vez enganchado en el ramaje al deslizarme abajo de mi rocín, ocasión que había aprovechado Halef para bromear a mi costa. El punto culminante de la diplomacia halefiana fue la afirmación de que yo me dejaba convertir por él. Entonces aproveché la ocasión para darle su merecido, y pregunté a Sadek:

—¿Conoces tú el nombre entero de Halef?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Hadschi Halef Omar.

—Eso no basta. Se llama Hadschi Halef Omar Ben Hadschi Abul Abbas Ibn Hadschi Davud al Gossarah. Ya ves, pues, que pertenece a una familia muy piadosa y digna, cuyos miembros han sido todos *hadschi*, aunque...

—¡*Sidi!* —interrumpió Halef con indescriptible espanto.

—¡No hables de los méritos de tu criado! Ya sabes que yo te he de obedecer siempre.

—Así lo espero, Halef. No hablemos más ni de ti ni de mí. Pregúntale más bien a tu amigo Sadek dónde se encuentra su hijo, de quien me has hablado.

—¿Es verdad que te ha hablado de él, efendi? —preguntó el árabe.

—¡Alá te bendiga, Halef, pues te acuerdas de los que te aman! Omar Ibn Sadek, mi hijo, ha ido por el *chott* a Seftimi y regresará hoy mismo.

—También nosotros queremos atravesar el *chott*, y deseamos que tú nos guíes —dijo Halef.

—¿Vosotros? ¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Adónde queréis ir, *sidi*?

—A Fetnassa. ¿Cómo es el camino?

—Peligroso, muy peligroso. No hay más que dos pasos seguros para pasar a la otra orilla, que son El Toseriya, entre Toser y Fetnassa, y Es Suida, entre Nefta y Sarsin. Pero lo peor es de aquí a Fetnassa, y solo hay dos personas que lo conozcan bien: una es Arfan Rakedihm, de aquí, de Kris, y yo.

—¿No lo conoce también tu hijo?

—Sí, pero todavía no lo ha pasado solo. Conoce mejor el vado que lleva a Seftimi.

—Ese vado coincide hasta cierta distancia con el de Fetnassa, ¿no es cierto?

—Hasta unos dos tercios del camino, *sidi*.

—Si partiéramos al mediodía, ¿cuándo llegaríamos a Fetnassa?

—Antes del amanecer, si tenéis buenos caballos.

—¿También viajas por el *chott* durante la noche?

—Si la luna brilla, sí; pero si la noche es oscura, la pasamos en el *chott*, en un lugar donde la sal sea bastante dura para soportar el peso del campamento.

—¿Quieres guiarnos?

—Sí, efendi.

—Quisiera antes ver el *chott*.

—¿No has atravesado ninguno?

—No.

—Entonces ven, vas a ver el pantano de la muerte, el lugar de perdición, el mar de silencio por el que te guiaré con paso seguro.

Salimos de la choza y nos dirigimos al Este. Después de haber atravesado una margen ancha y cenagosa, llegamos a la verdadera orilla del *chott*, cuyas aguas, cubiertas de sal, no se veían. Hundí mi cuchillo en la costra de sal y calculé un espesor de unos catorce centímetros, suficiente para sostener a un hombre de tamaño medio. Estaba cubierta por una capa de arena, y en algunos puntos en que esta había desaparecido, brillaba la sal con reflejos de color blanco azulado. Estaba aún ocupado en mi examen, cuando detrás de nosotros sonó una voz:

—¡*Salam aleikum!* ¡La paz sea con vosotros!

Volví la cabeza. Ante nosotros aparecía un beduino delgado y patizambo a quien alguna enfermedad, o tal vez una bala, le había arrebatado la nariz.

—¡*Aleikum!* —contestó Sadek.

—¿Qué viene a hacer en el *chott* mi hermano Arfan Rake-dihm? Llevas ropa para viajar. ¿Es que vas a guiar viajeros por el Sobha?

—Así es —contestó el interpelado—. Dos hombres que acaban de llegar.

—¿Adónde van?

—A Fetnassa.

Aquel sujeto se llamaba Arfan Rakedihm y era, por tanto, el otro guía de quien nos había hablado Sadek. Señalándonos a Halef y a mí, preguntó a Sadek:

—¿Quieren también esos forasteros pasar el lago?

—Sí.

—¿Y adónde van?

—También a Fetnassa.

—¿Y tú vas a guiarlos?

—Así es.

—Podrían venir conmigo y tú te ahorrarías la molestia.

—Son amigos que de ningún modo me molestan.

—Si, ya veo que eres un avaro y que me quitas todas las ganancias que puedes. ¿No me has quitado siempre los viajeros más ricos?

—Yo no te quito a nadie; solo guío a las personas que me buscan por su propia voluntad.

—¿Por qué Omar, tu hijo, ha ido a Seftimi? Os esforzáis por arrebatarme el pan y conseguiréis que me muera de hambre, pero Alá os castigará y guiará vuestros pasos de tal manera que el *chott* os engullirá.

Podía ser que la competencia hubiera dado ocasión entre ellos a la enemistad, pero la mirada aviesa de aquel tipo no me inspiraba ninguna confianza. Se alejó de nosotros y se dirigió orilla adelante al encuentro de dos jinetes que acababan de aparecer, sin duda los que él había de acompañar. Eran los dos que conocíamos y que veníamos siguiendo desde el desierto.

—¡*Sidi!* —exclamó Halef—, ¿los conoces?

—Sí, los conozco.

—¿Hemos de dejarles partir tranquilamente?

Y diciendo esto empuñó el rifle, dispuesto a disparar. Yo le contuve.

—¡Déjalos, que no se nos escaparán!

—¿Quiénes son esos hombres? —me preguntó nuestro guía.

—Asesinos —contestó Halef.

—¿Han asesinado a alguien de tu familia o de tu tribu?

—No.

—Déjalos entonces. No conviene mezclarse nunca en negocios ajenos.

El hombre hablaba como buen beduino. Ni siquiera se tomó la molestia de fijarse en aquellos individuos tachados de criminales. También ellos nos habían visto y reconocido, y observé que se apresuraban para llegar a la capa de sal. A penas hubieron puesto el pie en ella, soltaron una carcajada de desprecio y volvieron la espalda. Regresamos a la choza, donde descansamos hasta el mediodía; entonces tomamos las provisiones necesarias y emprendimos el peligroso viaje. Yo había recorrido con raquetas de nieve en invierno muchos kilómetros sobre ríos desconocidos, preparado a cada momento para ver romperse el hielo bajo mis pies y hundirme, pero no había experimentado jamás emoción como la que sentí al entrar en el pérfido *chott*. No era miedo ni angustia, sino más bien la sensación del funambulista que no sabe si la cuerda que ha de sostenerle es bastante segura. En lugar de hielo, tenía que pisar una capa de sal, y esto era algo más que nuevo para mí. El sonido, el color y la cristalización de aquella costra, todo era dema-

siado extraño para que yo me sintiera completamente tranquilo. A cada paso hacía pruebas y buscaba señales precisas para conocer la firmeza del suelo. En algunas partes era este tan duro y liso que se habría podido caminar con patines sobre él, pero luego ofrecía la blandura de la nieve floja y desmenuzada, incapaz de soportar el menor peso. Después de haberme orientado algo en asunto tan novedoso e insólito para mí, monté a caballo para seguir al guía y confiarme al mismo tiempo al instinto del animal. El potro menudo parecía no recorrer por primera vez el camino, pues pasaba sin cuidado por los sitios seguros, y si desconfiaba del terreno buscaba cuidadosamente los puntos más firmes del estrecho sendero. Movía las orejas hacia atrás o hacia adelante, husmeaba el suelo, resoplaba en caso de vacilación y a veces llevaba su cautela hasta tal punto que antes de dar un paso dudoso golpeaba el suelo con una pata delantera. El guía iba delante, yo le seguía y detrás de mí cabalgaba Halef. El camino absorbía nuestra atención de tal manera que hablábamos muy poco. Hacía ya tres horas que estábamos en marcha, cuando Sadek se volvió a decirme:

—Ten cuidado, *sidi*. Ahora viene el trecho más peligroso de todo el camino.

—¿Por qué es el más peligroso?

—El vado pasa ahora por puntos donde el agua es profunda y en un largo trecho es tan angosto como dos palmas de la mano.

—¿Está el suelo bastante firme?

—No lo sé con exactitud, su resistencia es muy variable.

—Entonces desmontaré para disminuir el peso.

—No lo hagas, *sidi*. Tu caballo es más seguro que tú.

Como allí el guía era amo y maestro, le obedecí y permanecí montado. Todavía recuerdo con horror los diez minutos que siguieron; solo diez minutos, pero en tales circunstancias valen por una eternidad. Habíamos llegado a un paraje en que se alternaban colinas y vaguadas. Las cumbres de estas ondulaciones estaban formadas por sal dura y resistente, pero las partes más bajas se hallaban cubiertas por una masa resbaladiza y pastosa, en la cual por algunos puntos estrechos se podía hacer pie poniendo en ello toda la atención y corriendo el mayor peligro. En aquel sitio, no obstante de ir montado, me llegaba la verdosa agua hasta el muslo, de manera que antes de asentar el pie había que buscar sitio donde hacerlo. Lo peor era que el guía, y tras él las bestias, tenían que ir tanteando aquellos puntos antes de aventurarse a echar sobre ellos todo su peso; y eran aquellos pasos tan estrechos, pérfidos y traidores que no podíamos desviar un instante los ojos para no vernos sepultados... Era horrible. Llegamos a un sitio donde la senda, no muy firme, en una extensión de unos veinte metros no medía más allá de un palmo de anchura.

—¡*Sidi*, atención! ¡Estamos ahora en medio de la muerte! —exclamó el guía. Y sin dejar de explorar el terreno, volvió los ojos a oriente y rezó en voz alta la santa *fatcha*—: En nombre de Dios misericordioso, alabanza y honor al Todopoderoso, Señor de los mundos, el clementísimo, el que reinará en el día del Juicio. Queremos servirte y te rogamos que nos guíes por el camino recto, el que sea tu voluntad, y no el camino por el que...

Halef estaba detrás de mí repitiendo en voz alta la oración, pero súbitamente enmudecieron los dos; entre las dos lomas próximas había sonado un disparo. El guía levantó

ambos brazos, lanzó un grito inarticulado, dio un paso en falso y al momento desapareció debajo de la capa de sal, que volvió a cerrarse sobre él inmediatamente. En tales momentos el espíritu humano adquiere una flexibilidad que le permite conocer con claridad y la rapidez del relámpago las causas de las cosas y sus consecuencias, para lo que de ordinario necesitaría largos minutos de reflexión y horas enteras. No había expirado aún el eco del disparo ni estaba todavía Sadek del todo sumergido, cuando ya me había dado yo clara cuenta de todo. Los dos asesinos habían querido perder a sus acusadores, y fácilmente habían convencido a su guía, ya que este estaba celoso del nuestro. No necesitaban matarnos a nosotros, pues quitándonos a Sadek estábamos perdidos. Por eso nos acecharon en el paraje más peligroso de todo el camino y derribaron de un tiro al infeliz. Ya solo tenían que contemplar nuestra desaparición bajo la capa de sal. No obstante la celeridad con que pasó todo, pude ver que Sadek había sido herido en la cabeza. ¿Había herido también la bala a mi caballo, o fue el espanto causado por el estampido? Lo cierto es que mi potro se estremeció, perdió pie y se abalanzó hacia adelante.

—¡*Sidi!* —gritó Halef detrás de mí con indecible angustia.

Si no aprovechaba rápidamente el instante, estaba perdido para siempre: mi caballo se hundía y con las patas delanteras buscaba dónde afirmarse. Apoyé ambas manos en el arzón de la silla, eché las piernas al aire y di una voltereta por encima de la cabeza del pobre animal, que por la presión que yo ejercí sobre él se hundió rápidamente. En el instante en que yo volaba como he dicho, oyó Dios la plegaria más fervorosa de mi vida. Honda fue mi oración, pero de escasas

palabras. Cuando se está entre la muerte y la vida no se pueden contar los vocablos ni los minutos. Al fin logré tierra firme, pero esta cedió al momento bajo mi pie; ya medio hundido di otro paso y me levanté, caí y me levanté de nuevo; tropecé, di un mal paso, pero no encontré tierra y me hundía aunque continuaba avanzando. Ya no oía, sentía ni veía nada, salvo a los tres hombres que continuaban allí inmóviles, en la onda de sal, dos de los cuales me esperaban con los rifles encarados. En ese mismo instante pisé finalmente un suelo ancho y firme, naturalmente de sal, pero resistente. Sonaron dos disparos. Como Dios quería que yo viviera aún, tropecé y caí, y las balas silbaron junto a mis oídos. Todavía llevaba yo a la espalda el rifle que milagrosamente no había perdido, pero en aquellos momentos no pensé en él, sino que me lancé con los puños cerrados contra los infames, algo que ellos no esperaban. El guía huyó, el viajero de más edad, consciente de que sin guía estaba perdido, corrió tras él. Solo pude atrapar al más joven, pero se me escapó de las manos y huyó. Corrí tras él. Cegados ambos, él por el miedo y yo por la cólera, no nos preocupábamos de mirar dónde poníamos los pies... De pronto dio un grito de horror, me eché atrás y vi desaparecer a aquel hombre en la charca, cuando me encontraba a poco más de medio metro de la tumba traidora. En esto oí a mi espalda un grito de angustia.

—¡*Sidi*, socorro, socorro!

Me volví y, en el mismo punto donde yo había logrado hallar suelo firme, vi a Halef luchando por la vida. En realidad se había hundido, pero pudo agarrarse a la costra de sal, por fortuna muy gruesa y resistente. Eché a correr, cogí la carabina y se la alargué tendiéndome en el suelo.

—¡Agarra la correa!

—¡Ya la tengo, *sidi!* ¡*Oh, Alá ila Alá!*

—¡Levanta las piernas! ¡Yo no puedo acercarme más, pero no sueltes!

Reunió todas sus fuerzas para levantarse y al mismo tiempo yo tiré fuertemente y lo saqué afuera. Apenas hubo recobrado un poco de aliento, se arrodilló y rezó la sura vigésimosexta:

—Todo cuanto está sobre la tierra y en el cielo alaba a Dios, de Él es el reino y a Él corresponde el honor, pues es el Todopoderoso.

Él, el musulmán, oraba; yo, el cristiano, no podía orar, pues no hallé palabra alguna para hacerlo, lo confieso ingenuamente. Me rodeaba la terrible superficie salada, tan quieta, tan tersa y brillante, y que, sin embargo, había engullido a nuestro guía y nuestros caballos. ¡Y con mis propios ojos veía yo escaparse al asesino, al culpable de tanto horror! Se me erizaron los pelos y estuve un buen rato sin recobrar la serenidad.

—*Sidi*, ¿estás herido?

—No, pero dime, ¿cómo has logrado salvarte?

—He saltado del caballo como lo has hecho tú, efendi, y no sé nada más, sino que he logrado agarrarme a la costra de sal. Pero, a pesar de todo, estamos perdidos.

—¿Por qué?

—No tenemos guía. ¡Oh, Sadek, amigo de mi alma! Tu espíritu me perdonará, pues soy la causa de tu muerte. Pero yo te vengaré. ¡Lo juro por la barba del Profeta! Y lo haré si no muero aquí.

—No temas, Halef.

—Sí, pereceremos, moriremos de hambre y de sed.

—Tendremos guía.

—¿Cuál?

—Omar, el hijo de Sadek.

—¿Nos encontrará aquí?

—¿No oíste que partió para Seftimi y que debe volver hoy?

—Pero no nos encontrará.

—Sí, Halef. ¿No dijo Sadek que el camino a Seftimi y Fetnassa es el mismo en sus dos terceras partes?

—Efendi, me das nuevas esperanzas y nueva vida. Sí, esperemos a que Omar pase por aquí.

—Para él será una suerte encontrarnos, pues se hundiría aquí: el antiguo paso ha quedado ya inutilizado.

Nos acostamos sobre la costra de sal, uno junto al otro. El sol brillaba con tanto ardor que en pocos minutos se secó la ropa y quedó cubierta de una capa de sal en las partes que se habían mojado.